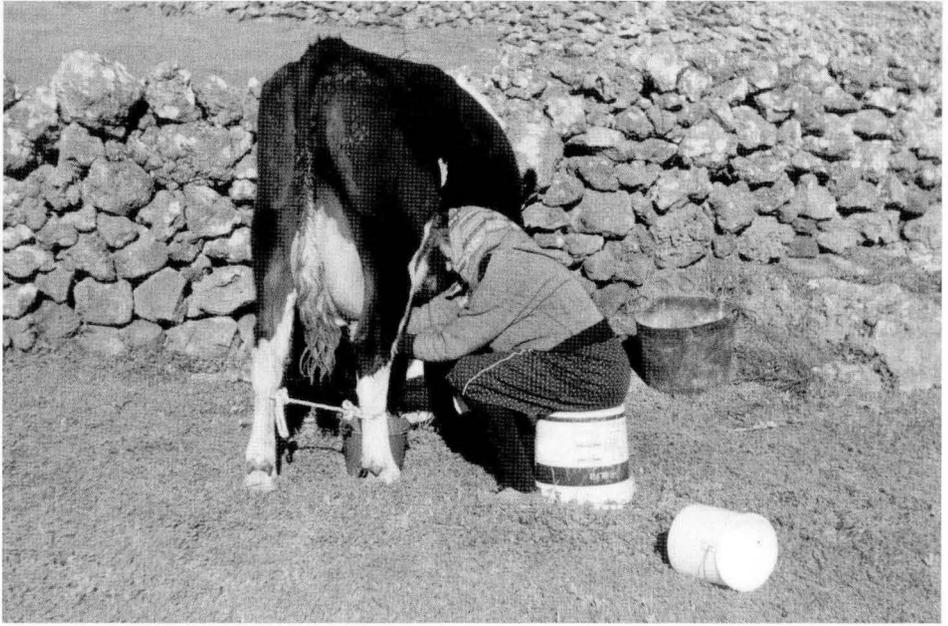


Las mujeres en el mundo rural isleño

TERESA GONZÁLEZ PÉREZ

Catedrática. Facultad de Educación
Universidad de La Laguna

Fotografía: María del Carmen Marichal Fariña



INTRODUCCIÓN

NUESTRO OBJETIVO se centra en destacar a las mujeres rurales en Canarias y su importancia en la evolución de la sociedad insular, al tiempo que pretendemos reconocer la aportación de las mujeres de nuestra tierra, gente noble y trabajadora que ha contribuido con su legado a la evolución de las Islas. Esas laboriosas mujeres, trabajadoras sin pausa, que además de las tareas propias del hogar, atendían las faenas del campo y cuidaban la ganadería, aquellas que en sus ratos libres se dedicaban a la artesanía, cestería, cerámica, a bordar, tejer, coser, remendar la ropa... pero que la concepción masculina de la sociedad y de la historia ha ido relegando al silencio. Esas valientes mujeres de nuestros campos que sabían sortear todo tipo de dificultades, muchas veces con el marido ausente (emigrado a tierras cubanas o venezolanas, sobre todo) afrontaban la vida cotidiana con los hijos y personas mayores a su cargo, y eran capaces de laborar el campo para ganar el sustento diario. Sin embargo, un muro de silencio se ha construido en torno a ellas, lo cual, junto a la palabra sustraída, implica el desconocimiento de las isleñas del mundo rural.

La carencia de fuentes es un obstáculo para redescubrir la actividad de las mujeres, por ello tendremos que leer y releer las informaciones que nos ofrecen los documentos, invariablemente masculinos y, necesitadas de una fina hermenéutica para poder extraer datos o referencias al mundo rural. Además, para recuperar su memoria es preciso acudir fundamentalmente a la metodología cualitativa, para lo cual hay que recurrir a la historia oral empleando para ello las entrevistas e historias de vida. Los documentos orales son historias personales recogidas a través de entrevistas, por lo que la investigación se realiza interpretando la palabra, en este caso, de las mujeres, lo que ellas vivieron, pues su experiencia y relato ayuda a construir ese pasado tan ignoto. La oralidad nos presta una incuestionable ayuda en la recuperación de la palabra de las mujeres de los sectores populares, tan ninguneada por la historio-

grafía oficial. Sin lugar a dudas, a través de la oralidad logramos hacer visibles a mujeres sin notoriedad pública. Además, estas fuentes nos remiten a relaciones cercanas, al pasado inmediato, y nos permiten reconstruir voces que parecían haberse perdido, rastrear los hilos con los que se teje la biografía de las mujeres anónimas. Por medio de la palabra, archivo vivo, podemos profundizar en las dimensiones culturales, sociales y simbólicas que han condicionado el rol femenino. Las transformaciones generacionales de socialización y formación, en la mayoría de las ocasiones, han permanecido estáticas especialmente en los sectores populares de las zonas rurales. El grupo doméstico y la transmisión oral han sido los elementos básicos en su formación, el entorno local ha fortalecido el rol tradicional sustentado, en la base de las costumbres para mantener el orden establecido.

Nos referimos a esas mujeres autosuficientes de las clases populares, en su mayoría analfabetas, que no fueron a la escuela, que no conocían la escritura ni los libros de literatura, sólo el legado de la oralidad¹. Tampoco sabían nada de feminismos ni reivindicaciones sociales, pero por naturaleza han destacado y ocupado un papel esencial en la vida de nuestros pueblos, aunque no se reconociera, ni aún se haya reconocido lo suficiente, su protagonismo y el papel desempeñado.

1. CAMPESINAS DE AYER

Las zonas rurales en Canarias son el eje de la cultura tradicional, a pesar de los elevados índices de analfabetismo, en ellas se conserva el legado patrimonial de nuestros antepasados que la oralidad ha mantenido vivo a través de generaciones. La voz del pasado no ha podido ser desplazada por los modernos medios de comunicación ni por el avance de la alfabetización, porque en la memoria de los mayores se conserva la sabiduría popular, me-

¹ VATTIMO, G.: *La Sociedad transparente*. Barcelona, Paidós, 1991. Pág. 80. La monovisión histórica «estalla en una multiplicidad de racionalidades “locales” —minorías étnicas, sexuales, religiosas y estéticas— que toman la palabra, al no ser, por fin, silenciadas y reprimidas por la idea de que hay una sola forma verdadera de realizar la humanidad, en menoscabo de todas las peculiaridades, de todas las individualidades limitadas, efímeras, contingentes».

moría que precisa ser rescatada, pues debe ser recuperada para que no se pierda con ellos.

Al referirnos al mundo rural no podemos ignorar la aportación de las mujeres a la vida de la comunidad y a la unidad familiar. Sin embargo, en pocas ocasiones se las menciona, quedan ocultas por lo genérico, continúan en la marginalidad como si su contribución no fuera importante. Ni siquiera existen estudios sobre las mujeres rurales en Canarias, sólo algunas investigaciones parciales sobre actividades artesanales, de las que se dedican a tejer, calar, bordar, cestería, cerámica...

En las Islas, lo rural ha estado vinculado al paisaje agrario, el hábitat disperso en pequeños asentamientos de población, desconectado y alejado del mundo urbano. Ya no sólo la actividad agrícola-ganadera los separa, tanto en el comportamiento, cuadro de valores, el arraigo de las creencias tradicionales y expectativas están perfectamente diferenciados entre el ámbito urbano y el rural. Las áreas rurales son mucho más conservadoras y los roles suelen estar más diferenciados, aunque las mujeres sean las sintetizadoras culturales.

La agricultura y la ganadería suelen ser, con frecuencia, actividades complementarias, normalmente transmitidas por herencia. Una herencia que también transmitía las diferencias de género, condicionando las oportunidades de las mujeres, porque a ellas se les otorgaba la función de ayuda familiar y ellos eran los organizadores y auténticos trabajadores. Además de aprender las labores agrícolas y ganaderas, ellas debían entrenarse en las actividades domésticas, pues en el contexto familiar ejercen diversas actividades. En este sentido se desvalorizaba su trabajo, tanto en el sector agropecuario como en las tareas del hogar, sobre todo debido a la falta del reconocimiento social de su amplia dedicación laboral.

El trabajo agrícola desempeñado por las mujeres ha tenido una consideración inferior, aunque éste haya superado al realizado por los hombres; este comportamiento ha sido una forma de invisibilizarlas y negarlas como población activa. Igualmente ese panorama ha generado el desarrollo de baja autoestima y minusvaloración del propio trabajo desempeñado, como si no fueran importantes en la comunidad. Sin duda, el aporte económico y socio-cultural de las mujeres en el mundo rural ha sido clave, pero ha estado oculto, han trabajado siempre excepto las que pertenecían a la clases más favorecidas, que permanecían en las casas (miembros de la burguesía agraria). En este sentido, las mujeres rurales han sido imprescindibles en la economía, pero invi-

sibles en la sociedad, no se les reconoce como merecen porque su trabajo no está remunerado.

La estadística no recoge el trabajo agrícola desempeñado por las mujeres. Las tasas de inactividad prolongan los roles sexistas de una sociedad antigua, pues se recogen «sus labores» como categoría estadística, relegando oficialmente al confinamiento doméstico a las mujeres rurales, negando el trabajo extradoméstico. La denominación «sus labores» engloba horas y horas dedicadas al sector agropecuario, o lo que es lo mismo: el pluriempleo de las campesinas sin salario.

1.1. Ocupación de las campesinas

Las categorías laborales más comunes de las mujeres canarias eran: campesinas, servidoras domésticas, modistas y obreras. Las obreras o peonas agrícolas son un sector olvidado aunque hayan recibido un salario. Sucede igual con las campesinas, por su papel dentro de la comunidad rural, desempeñan tareas agrícolas no remuneradas como ayuda a la unidad familiar. Las mujeres campesinas eran el grupo más representativo en la Canarias decimonónica y, prácticamente, de la primera mitad del siglo XX.

En la sociedad agraria isleña la vida de las mujeres era intensa, no estaba confinada en el hogar como las mujeres de los sectores acomodados, porque el propio trabajo les permitía ámbitos de relación más amplios. Al margen de desempeñar las tareas del hogar, asumían diversas actividades como: labrar la tierra, recoger cosechas, trillar, cuidar el ganado, hacer quesos, conservar y preparar alimentos, tejer, coser, hacer el pan... Ejercitan diversos oficios como lecheras, aguadoras, gangocheras, pinocheras, leñadoras... multitud de oficios desempeñados en condiciones precarias y apremiadas por las necesidades de subsistencia, se hallan alejadas de reivindicaciones y a la vez ignoradas por el sindicalismo. Todas mantienen una interrelación, se encuentran en los espacios y lugares de trabajo (terrenos, eras, lavaderos, molinos, fuentes, hornos, ventas, etc.), en algunos casos compartiendo tareas con los hombres, pero siempre velando por la moral y las costumbres. En su círculo disfrutaban de sus propios saberes y tenían variedad de conocimientos, incluso aplicados a la salud (rezadoras, curanderas y sanadoras), y aunque se situaban en un plano diferente a los hombres del mundo rural, su presencia ha sido vital y han ejercido un notable influjo en la comunidad, no en vano han sido las mujeres is-



Fotografía: Manuel J. Lorenzo Perera

La siega. El Palmar, Tenerife.

leñas sintetizadoras culturales y, a la vez, conservadoras por el apego demostrado a los valores tradicionales. Además, el influjo de las mujeres en la familia canaria es muy acusado, tienen un gran protagonismo en la vida cotidiana, y al ser tan destacado eclipsan la función del padre. En los campos isleños las madres ejercían un auténtico matriarcado, aunque socialmente mostraran la sumisión a los hombres.

TASAS DE ACTIVIDAD POR SEXOS (1930-1981)

AÑOS	MUJERES	PORCENTAJES	HOMBRES	PORCENTAJES
1930	6,8	10,3	59,4	89,7
1940	8,1	12,3	57,5	87,7
1950	8,3	11,8	62,1	88,2
1960	11,3	15,9	59,6	84,1
1970	11,1	17,2	53,4	82,8
1981	14,1	22,5	48,3	77,5

*Fuente: INE. Censos de Población

Las mujeres de las zonas rurales siempre han trabajado, todas como amas de casa y un alto porcentaje en actividades agropecuarias y/o artesanales, aunque las estadísticas las invisibilizan porque no las consideran población activa al catalogarlas como «ayuda familiar». Además, al margen de las peonas, su dedicación laboral no generaba ingresos, no cobraban, excepto aquellas que se dedicaban a las manufacturas, por ejemplo calar, tejer, bordar, coser, cestería, cerámica... si bien lo hacían por un módico precio ya suponía un dinero extra. Por otra parte, ellas mismas mantienen la discriminación de decir que no trabajan, en referencia a que no realizan ocupación remunerada, pues la gratuidad de las tareas domésticas no se contempla como trabajo activo.

2. TRANSFORMACIONES EN EL MUNDO RURAL

El campo isleño tenía un peso específico en la economía hasta finales de los años sesenta del pasado siglo, pero paulatinamente este sector va a ser desplazado con la llegada del turismo. Los campesinos con menos recursos abandonan la agricultura y comienzan a trabajar como asalariados; algunas muje-

res también se incorporan al trabajo remunerado, otras en cambio continuaron atendiendo la pequeña explotación familiar sin descuidar sus responsabilidades domésticas. A comienzos de la década de los setenta, las mejores perspectivas laborales que ofrecía el sector servicios sirvieron de atractivo para las nuevas generaciones, incluso para algunos adultos que abandonaron sus tradicionales ocupaciones, por la escasez de recursos y las dificultades económicas, y trabajan en la hostelería, transportes y construcción, preferentemente. Sólo los que poseían grandes explotaciones y orientadas a la comercialización de los productos o a la exportación, invertirán y mejorarán su rendimiento. Las mujeres siguieron desempeñando actividades relacionadas con la agricultura de autoconsumo y exportación, en el campo siembras y recolecciones, así como en los empaquetados y envasados. Muchas trabajan sin contratos y sin horarios, como temporeras, a veces en condiciones inhumanas sometidas a los caprichos de los dueños y patronos.

La población campesina se ocupaba de la agricultura, así lo agrario y lo rural eran sinónimos, aunque ahora exista una clara diferenciación entre lo que significa vivir y/o residir en el campo o zona rural y dedicarse a esta actividad laboral. Por supuesto, en esta diferenciación entra a formar parte la dedicación laboral, ya no es lo mismo referirse a áreas rurales y agrarias².

Si bien es cierto que las transformaciones acaecidas en el Archipiélago en las últimas décadas han modificado las conductas y alterado el orden de vida campesino. El turismo y la evolución de la población han ido desplazando progresivamente las tradicionales ocupaciones de las isleñas, desviándose hacia el sector servicios, pocas mujeres quedan dedicadas a las actividades agropecuarias, aunque en los últimos años intenta reactivarse el sector. Incluso las labores artesanales que solían realizar se han ido abandonando —por la escasa rentabilidad y porque las nuevas generaciones no las encuentran atractivas—, trasladándose muchas de ellas a otros lugares que ofrecen mejores perspectivas laborales, permanecen las mujeres de las áreas más alejadas e intentan ampliar la gama de actividades y orientarse al turismo rural. Además, continuando en la propia localidad pueden compatibilizar perfectamente sus ocupaciones domésticas y el cuidado de la familia.

² CAMARERO, A. y otros: *Situación socioprofesional de la mujer en la agricultura*. Tomo V. S.G.T. Madrid, 1993. Pág. 172.

3. LAS MUJERES EN LA PRODUCCIÓN AGRÍCOLA

Las zonas rurales de Canarias, caracterizadas por el minifundismo, mantienen en la actualidad una agricultura marginal donde la participación femenina es bastante raquítica. El descenso de la población activa en este sector implica lógicamente la reducción de su productividad. Según informan las fuentes estadísticas correspondientes al año 1983, en la provincia de Santa Cruz de Tenerife trabajaban en el sector agrícola el 20 % de la población, y en la provincia de Las Palmas el 15,2%. En 1994 se redujo al 8,5% y 6,4% respectivamente. Cifras que indican una notable disminución de activos. No obstante, los censos no son del todo fiables ni reflejan la realidad, pues las mujeres que no son propietarias ni aquellas que «colaboran o ayudan» en la explotación familiar no las recoge la estadística, puesto que se catalogan como población no activa. Incluso aquellas dueñas de pequeñas explotaciones no se declaran como tales, con lo cual el número de agricultoras en las Islas es escaso.

SITUACIÓN LABORAL AGRÍCOLA FEMENINA.	
AÑO 1997	
AUTÓNOMA	9,2%
AYUDA FAMILIAR	28,6%
ASALARIADA	9,0%

También se dedican al cuidado del ganado, sobre todo del ganado menor (cochinos, gallinas, conejos, cabras), igualmente atienden las vacas, alimentándolas, extrayendo el estiércol y ordeñándolas; por supuesto, se encargaban de la elaboración de quesos, chorizos, morcillas, salazón de carnes... siguiendo métodos totalmente artesanales. Sin embargo, a ellas se les encuadra en la categoría de «ayuda familiar», así consta un 62,6%, tal como figura en el censo agrario correspondiente al año 1982. Notable diferencia con respecto a los hombres, ellos representan 24,8% como ayuda familiar y se refieren a grupos de edad jóvenes. Aunque aparezca como una dedicación a tiempo parcial, en la vida cotidiana es bien distinta porque, gracias a su labor, se mantiene la supervivencia de la explotación familiar. Además, asumen la responsabilidad total del trabajo agrícola cuando el marido se dedica a otra actividad o fallece. Por otra parte, hay que valorar que en la horticultura de invernaderos es



Fotografía: María del Carmen Marichal Farfán

Recogiendo hierba. Taganana, Tenerife.

importante la presencia de mujeres asalariadas, buena parte de carácter eventual, ellos poseen la propiedad y la mano de obra es femenina. Como peonas agrícolas la mano de obra femenina es importante; han destacado en las plantaneras, sobre todo «quitando flor» y en el cultivo y cuidado de los tomates. Posteriormente, después del cultivo y la recolección, la actividad desarrollada en las cooperativas y/o empaquetados también era fundamentalmente femenina. Sobre todo en la producción tomatera las protagonistas esenciales han sido las mujeres, pues:

«El deseo y la necesidad de obtener un trabajo remunerado hizo que las mujeres configurasen un colectivo específico dentro de la población rural. Se trataba en realidad de un grupo humano compuesto de auténticas subempleadas lo que le da al colectivo una dimensión estratégica de cara a los procesos de reestructuración del mercado laboral en los espacios rurales en diferentes coyunturas. Y es que el carácter de trabajo no declarado relega a la mujer a la condición de comodín para todo de cara a los reajustes de una zafra fuertemente marcada por la estacionalidad del producto estrella»³.

Canarias es la comunidad que cuenta con menos mujeres dueñas de tierras, normalmente son los hombres los que poseen la titularidad y ellas trabajan junto a ellos pero no toman decisiones, sólo las que atañen a la siembra, recolección y a la organización de las tareas agrícolas. Ellas realizan diversos trabajos vinculados con la agricultura, pues también existe una división sexual del trabajo agrícola. Por ejemplo arar y cavar son actividades efectuadas mayoritariamente por los hombres en las que ellas participan poco, sin embargo, en la siembra y la recolección se incrementa su presencia. Igualmente, en lo que respecta al ganado se encargan de alimentarlo, ordeñarlo, de limpiar el establo, pero en el caso del pastoreo y conducir el ganado, así como de llevar la contabilidad se encargan ellos. Además en el caso de empleo de maquinaria es nulo su uso por parte de las mujeres, excepto el empleo de la ordeñadora, si bien la mecanización agrícola en Canarias es poca.

Por otra parte, hay que considerar que algunas mujeres continúan ocupadas en las tareas agrícolas porque no tienen otras posibilidades, sobre todo por

³ BOAÑOS DOMÍNGUEZ, S.: *Mujer y aparcería*. Ed. Ayuntamiento de Santa Lucía de Tirajana. Gran Canaria, 2003. Pág. 18.

carecer de formación. De este modo inculcan a sus hijas que se preparen y busquen otras alternativas, porque la vida del campo es dura y nada rentable. Ahora las generaciones jóvenes han roto los moldes tradicionales, se niegan a mantener el papel subordinado de ayuda familiar y a casarse con agricultores. Así los jóvenes buscan alternativas laborales fuera del entorno rural, hecho que ha provocado un acelerado envejecimiento de la población campesina. Si bien Canarias constituye una excepción en el desdoblamiento⁴, las mujeres de los núcleos rurales en su mayoría son mujeres mayores, con una tasa que se sitúa en torno al 16,4%, hecho notorio a partir de la década de 1980, un incremento que se debe, sobre todo, al aumento de la esperanza de vida y porque son más longevas que los hombres.

Hasta hace unos años, buena parte de los pueblos insulares vivían casi exclusivamente del sector primario: en las tres últimas décadas se ha ido inclinando hacia el sector terciario sobre todo, y algo menos al secundario. También el incremento de la escolarización, la reducción de las tasas de analfabetismo y el aumento de las posibilidades de formación entre la población más joven, ha provocado la decadencia del mundo rural con el abandono de las explotaciones familiares, la pérdida de superficie cultivable y el descenso de la cabaña ganadera hasta el extremo de que en muchos pueblos ya no queda ni una vaca.

4. CULTURA Y EDUCACIÓN

Hasta avanzado el siglo XX no se generalizó la instrucción primaria en el Archipiélago y mucho menos la escolarización de las niñas⁵. Las escuelas de amigas paliaron algo estas deficiencias, mujeres que con conocimientos rudimentarios pero de acreditada moralidad, enseñaban labores, catecismo, lectura y escritura⁶. El aprendizaje de la escritura no era una actividad habitual en

⁴ CAMARERO SAMPEDRO, Vicente: *Mujer y ruralidad*. Ed. Ministerio de Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer. Madrid, 1991. Pág. 26.

⁵ GONZÁLEZ PÉREZ, T.: *La enseñanza en Canarias. Estudio histórico*. Ed. Dirección General de Universidades e Investigación. Gobierno de Canarias. Santa Cruz de Tenerife, 2003. Pág. 82.

⁶ *Ibidem*. Pág. 53.

las escuelas de niñas, porque más bien se consideraba perjudicial, pero a partir de la segunda mitad de la centuria incorporaron las prácticas de escritura, caligrafía y copias de manuscritos. La aritmética, y sobre todo el cálculo, eran conocimientos útiles para la administración del hogar⁷. Las niñas y jovencitas estaban privadas de recibir la misma educación que los niños, se les impedía la formación intelectual, pues por el mero hecho de ser mujeres se les relegaba al ámbito familiar. Ejercían una clara discriminación e influían en la dirección de sus vidas, temían por la libertad que el saber podía reportarles y además, las requerían como mano de obra agrícola y/o familiar. Por este motivo las mujeres tienen menos recursos, son más pobres, y poseen menos estudios y preparación, hecho en el que existe un trasfondo histórico y social. A ello hay que añadir que las zonas rurales tienen mayores dificultades para acceder a la educación que las áreas urbanas, así es superior el analfabetismo, lo cual provoca mayor disparidad entre los sexos.

ÍNDICES DE ANALFABETISMO (1930-1981)

AÑOS	TOTAL	MUJERES	HOMBRES
1930	49,8	52,8	46,3
1940	37,8	41,5	33,6
1950	33,2	37,2	28,6
1960	22,6	26,5	18,3
1970	12,7	15,9	9,4
1981	5,9	7,5	4,2

*FUENTE: INE. Censos de Población

El proceso de urbanización —que comienza a extenderse más notoriamente al iniciarse el siglo XX— permite unas mayores posibilidades instructivas a las mujeres de las áreas urbanas, en cambio, las mujeres rurales permanecen al margen y hacia la segunda mitad del siglo XX, sobre todo a partir de la aplicación de la Ley General de Educación es cuando consiguen equipararse en niveles de escolarización, porque la formación profesional, el bachillerato o los estudios universitarios sólo estaban al alcance de una exigua minoría.

⁷ *Ibidem*. Págs. 54-56.

Según los datos estadísticos de 1981, las mujeres rurales sin estudios representan el 77,2%, frente al 53% de las urbanas⁸; la distancia en cuanto al nivel instructivo es importante, pero en las generaciones más jóvenes es menor. Claro que existen diferencias reseñables entre el campo y la ciudad; las desigualdades en cuanto al nivel de instrucción son un efecto del difícil acceso a los recursos formativos, y el nivel educativo repercute notoriamente en el mercado de trabajo, aunque ahora hay una tendencia creciente de las mujeres rurales a estudiar. No obstante, la generación de mujeres mayores refleja la situación tradicional de educar a las mujeres en la ignorancia, pero el cambio generacional en cuanto a estudios es visible, existen muchas madres analfabetas o semianalfabetas e hijas letradas; se observa un avance mucho más notorio que en el caso de los varones.

En otro orden de cosas, hay que indicar que, en la mayoría de las ocasiones, las enseñanzas de las maestras servían de poco para las hijas de los campesinos isleños, motivo por el cual su labor solía ser poco apreciada, pues la cultura escolar que se impartía en el medio rural tenía menor utilidad que las formas tradicionales de cultura popular. Hecho que se explica porque, en aquel contexto, la asistencia de las niñas a la escuela contribuía a perder el tiempo en un aprendizaje inútil, pudiendo colaborar en las faenas del hogar, cuidar de los hermanos pequeños y ayudar en las labores agrícolas. Y en términos de rentabilidad económica equivalía a un despilfarro.

5. MÁS EDUCACIÓN, MEJOR FORMACIÓN

Debemos considerar que, según el Censo de Población de 1960, las mujeres canarias activas sólo representaban el 11,5%, triplicándose prácticamente, sin embargo, casi dos décadas más tarde, pues las estadísticas para 1981 representaban un 27%. Lógicamente en la década de los años sesenta y setenta del pasado siglo, prácticamente no existía paro femenino en las comunidades rurales, porque eran muy pocas las mujeres que desempeñaban actividad laboral remunerada. Por lo común no estaban integradas en el mercado de trabajo, excepto las temporeras, las que acudían a las zafras, por ejemplo del tomate. A

⁸ INE. Censos de Población.

partir de la década de los setenta, de forma paulatina, las generaciones más jóvenes de campesinas se van incorporando al sector servicios, sobre todo a la hostelería, en la medida que se produce un aumento de la demanda en el sector y la consiguiente merma de rentabilidad de la producción agrícola al evolucionar el nivel de vida. Las mujeres de las zonas rurales se trasladan a las zonas turísticas y a las zonas urbanas para emplearse en el sector servicios. Es un hecho generalizado en todas las Islas, si bien en las áreas más alejadas continúan desempeñando tareas vinculadas con el mundo agrario de las que obtener alguna rentabilidad. Las campesinas mayores, que nunca desempeñaron trabajo remunerado, han colaborado con sus hijas en el cuidado de los niños actuando como «canguros voluntarios», sustituyendo la ausencia de guarderías, para que éstas puedan desplazarse y mejorar su condiciones de vida.

Las abuelas de hoy pertenecen a la generación de mujeres educadas para el hogar, de acuerdo con los patrones de la época franquista, y que se vieron condicionadas por una serie de factores tales como las cargas familiares, baja educación, las actitudes conservadoras y los prejuicios sociales con respecto al trabajo extradoméstico y extrafamiliar.

NIVEL DE ESTUDIOS DE LA POBLACIÓN FEMENINA INSULAR

	1977	1985	1997
ANALFABETAS	18,70	13,10	7,10
SIN ESTUDIOS	17,40	16,50	15,90
EST. PRIMARIOS	49,40	42,80	27,10
BACHILLER	6,10	11,10	16,65
FORM. PROF.	0,10	0,50	10,60
UNIVERSIT.	1,10	2,45	8,90

Las mujeres que se han beneficiado de la generalización de la educación obligatoria, tras la promulgación de la Ley General de Educación, tienden a buscar una ocupación fuera de las actividades agropecuarias, de la cual puedan obtener un salario digno. Normalmente, las mujeres de más edad son las que continúan vinculadas a las actividades agrícolas tradicionales, sobre todo aquellas a las cuales les ha costado más salir de su entorno familiar para buscar un empleo lejos de su lugar de residencia.

CONCLUSIONES

Las mujeres han sido, y son, las responsables de la mayor parte del trabajo agrícola del mundo rural isleño. Igual que en otras partes del orbe, ellas han tenido una especial relación con la agricultura. Las canarias son gente sencilla, inteligentes y suspicaces, no suelen ser conformistas y carecer de iniciativa, ante la falta de medios buscan alternativas para «ganarse la vida». Es cierto que no se revelan contra las estructuras caciquiles de su tierra —porque poco iban a lograr—, de forma individual emprenden su lucha, asumen dobles y triples jornadas.

La agricultura tradicional isleña ha estado en manos de las mujeres, sin embargo, no se las reconoce como agricultoras. Ellas poseen conocimientos especiales sobre los sistemas de cultivo, variedades de semillas, plantas medicinales, abonos, plagas, gestión del agua, etc. Muchas han vivido como soporte de la familia y colaboradoras en las actividades agrícolas familiares. El hecho de desempeñar su tarea en las explotaciones familiares, considerada como «ayuda», ha provocado que su trabajo no haya sido reconocido socialmente ni lo reflejen las estadísticas oficiales. Da la sensación de que se quiere ocultar su contribución a la unidad familiar minusvalorando su trabajo. No obstante, nadie cuestiona que los cultivos de subsistencia, y/o diversas actividades agropecuarias, el cuidado de los animales, la recogida de leña y agua, las tareas domésticas y atenciones a la familia han ocupado a las campesinas isleñas de por vida.

En la actualidad, es preciso facilitar la formación a las agricultoras para asegurar el futuro de este sector, con el objetivo de generar puestos de trabajo y, a la vez, para que puedan obtener unos rendimientos que les permitan vivir con dignidad. Igualmente, es necesario facilitarles conocimientos técnicos que permitan el progreso de las actividades agropecuarias, pues mejorando los niveles educativos se incrementa la producción y la calidad de vida de las familias.

Con este somero estudio pretendemos visibilizar a las mujeres rurales de Canarias, condenadas al silencio e ignoradas por la sociedad y la historiografía, al tiempo que abrimos la posibilidad de continuar investigaciones que permitan difundir el esfuerzo de estas mujeres para contribuir a la evolución familiar, y cuyo papel fue determinante en su propio entorno. Sin despreciar que muchas de ellas con baja formación influyeron en las nuevas generaciones para que se formaran y logaran mejores medios de vida. Asimismo, han

contribuido a la inserción laboral de las hijas al actuar como cuidadoras o «canguras voluntarias», atendiendo a sus nietos mientras sus hijas trabajan.

La importancia de conocer nuestra historia para no desaparecer, no significa volver atrás en la evolución, sólo rescatar y conservar nuestras tradiciones. Además, las mujeres tenemos que recobrar la memoria para conocer que desde épocas pasadas hemos tenido protagonismo, aunque la sociedad lo haya ignorado apoyándose en esquemas androcéntricos, donde era privativo el dominio masculino. Claro que, cuanto más sepamos sobre las mujeres del pasado y más trabajemos para reconocer a las del presente, mayor será el legado que podrán apreciar las generaciones futuras. Las nuevas generaciones de mujeres deben implicarse más en rescatar del ocultismo la labor femenina, para que sus vivencias no pasen desapercibidas y continúen en su lucha por la igualdad.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCOBENDAS, M^a.P.: *Datos sobre el trabajo de la mujer en España*. CIS. Madrid, 1983.
- ALEMANY y otros: *Las mujeres y el trabajo rupturas conceptuales*. Icaria. Barcelona, 1984.
- BALLARÍN DOMINGO, P.: «La construcción de un modelo educativo de utilidad deoméstica» en DUBY, G. y PERROT, M.: *Historia de las Mujeres*, El siglo XIX, Vol. IV, Madrid, Taurus, 1993.
- BOLAÑOS DOMÍNGUEZ, S.: *Mujer y aparcería*. Ed. Ayuntamiento de Santa Lucía de Tirajana. Gran Canaria, 2003.
- BOTER, I.: *El trabajo de las mujeres*. Ministerio de Cultura. Madrid, 1997.
- CAMARERO, A. y otros: *Situación socioprofesional de la mujer en la agricultura*. Tomo V. S.G.T. Madrid, 1993.
- CAMARERO, SAMPEDRO, VICENTE: *Mujer y ruralidad*. Ed. Ministerio de Asuntos Sociales. El círculo quebrado. Instituto de la Mujer. Madrid, 1991.
- CAMARERO y otros: *Situación socioprofesional de la mujer en la agricultura*. T.V. S.G.T. Madrid, 1993.
- DURÁN, M^a A.: *De puertas adentro*. Ministerio de Cultura. Instituto de la Mujer. Madrid, 1987.
- : *La jornada interminable*. Icaria. Barcelona, 1986.

- GONZÁLEZ PÉREZ, T.: *La enseñanza en Canarias. Estudio histórico*. Ed. Dirección General de Universidades e Investigación. Gobierno de Canarias. Santa Cruz de Tenerife, 2003.
- JIMÉNEZ GARCÍA, J.: *La aparcería del cultivo del tomate en Canarias*. Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria, 1997.
- ROLDÁN ARRAZOLA, N.: *Una historia de silencio. Mujer, familia y plataneras (Aruacas, 1950-1969)*. Ayuntamiento de Arucas. Gran Canaria, 1999.
- SAMPEDRO GALLEGO, R.: *Género y ruralidad. Las mujeres ante el reto de la desagravación*. Ministerio de Asuntos Sociales/Instituto de la mujer. Madrid, 1996.
- SANS, J.A.: *La crisis de la agricultura en Canarias*. Mancomunidad de Cabildos. Gran Canaria, 1977.
- SUÁREZ, I.: *Mujer canaria y entorno social*. B.P.C. Las Palmas de Gran Canaria, 1978.
- VV.AA.: *Mujer y agricultura en España. Género, trabajo y contexto regional*. Oikos-Tau. Barcelona, 1981.

